



PRÓLOGO



I

DONDE surge una idea elevada, donde brota un santo sentimiento, donde una noble pasión se enciende ó corre una lágrima ardiente, ahí está la verdadera poesía. Pensar alto y sentir hondo; la imagen y el colorido en la expresión; el ritmo y la armonía en la frase: eso es poesía. El sentimiento es la perla, y el verso el engaste: la verdad y la belleza son el alma de la poesía, y la palabra sublime y armoniosa su cuerpo. Fijar por un momento sobre la tierra y ante los ojos atónitos de los mortales, los esplendorosos destellos que irradian perennemente de la Belleza Infinita, esa es su gloriosa y sublime misión entre los hombres.

¿Para qué sirve la poesía? Para lo mismo que sirven las estrellas en el firmamento y los faros en las playas de los mares: para iluminar el himno que entonan las armonías de la creación en alabanza del Ser Supremo, y para guiar á las almas que atraviesan los piélagos del tiempo en las tremendas borrascas de la vida humana. Sin poesía, se quedarían á oscuras las más intensas alegrías y los más grandes dolores de la tierra. La belleza es parte integrante de la felicidad: si la estrella no cintilara; si no flotaran en el éter las nubes; si los campos no se cubrieran de verdor, y de nieves eternas las altas montañas, el mundo sería como un cadáver: si la mujer no tuviera arrullo en el acento, caricia en la mirada y ternura en el corazón; si en las regiones del espíritu humano no bogaran como en un mar de luz, los éxtasis de la virtud, los ensueños del amor y las sublimidades del genio y del heroísmo, las almas serían sombras vanas y fantasmas inanes.

La poesía es el alma misma de la vida. Sacerdotes son de la belleza los poetas; misioneros sublimes en la tierra, de la verdad y del bien; pero tan glorioso es el destino de los que se elevan á la altura de su mision, como oprobioso el de los que la profanan y corrompen.

Sin verdad y bondad, la poesía no puede existir.

II.

La poesía en México, caracteres ha tenido y periodos enteramente distintos. Dos razas diversas pueblan nuestro suelo, que no tienen entre sí la menor afinidad de ideas, de sentimientos ni costumbres. No hay monumentos para comprobarlo con toda la rigidez histórica; pero los vestigios mudos ó vivientes de la civilización azteca que han sobrevivido á tantas catástrofes, hacen creer que la poesía entre los indios era grave, melancólica y grandiosa.

Los cantos de Netzahualcoyotl que han llegado hasta nosotros, á pesar de haber perdido una gran parte de su sávia y energía al ser traducidos á otra lengua, conservan una sublimidad grandiosa y triste como los trenos de una profecía, y á veces se elevan hasta la última altura que puede alcanzar la sola razón humana. Netzahualcoyotl habla de la brevedad y amargura de la vida, de la inestabilidad de las grandezas de la tierra y de la iniquidad de los hombres, con un acento tan elevado y tan doliente, cual nunca lo alcanzaron Homero ni Virgilio.

A pesar de la ignorancia y miseria en que viven sumergidos los restos de esas razas tan abatidas que vagan hoy en nuestro suelo, lanzan á veces quejidos de dolor tan hondos y tan poéticos, tienen tan tiernas y lacrimosas exclamaciones de fe y de piedad, que se adivina un tesoro inmenso de poesía en el fondo de corazones tan sencillos como resignados. Los indios tarascos, entre otros, conservan en su lenguaje fragmentos que revelan, como los del Partenon, una obra grandiosa, la existencia entre ellos de una poesía tan llena de colorido y de imágenes, como las orientales. Esos indios llaman "agua que vuela," á las nubes; "flor del corazón," al amor; y así está todo su lenguaje

lleno de imágenes y de figuras, que le dan el carácter y la entonación de la oda, áun á las frases más comunes entre ellos.

Como las entrañas de nuestro suelo están cruzadas por múltiples y ricas vetas de metales preciosos, así las últimas capas de nuestra sociedad están ennoblecidas por filones de poesía, que hasta ahora no han encontrado exploradores que los revelen y exploten. El más grande é inexplicable misterio de nuestra historia es, que siendo las razas indígenas las más numerosas, trabajadoras y abnegadas, no se haya hasta ahora pensado en emplearlas en todos los problemas sociales, como el elemento más poderoso de trabajo y de consumo, de producción económica y literaria. Maravilla que hayan renegado perennemente su representación, los que en todos los órdenes han sido electos por el destino para ser sus más genuinos representantes. ¿Por qué nada han hecho por su propia raza Juárez, Almonte y Altamirano? Qué extraño y trascendental designio se esconderá en esta constante antítesis histórica y filosófica? Solo el remordimiento y el amor, Hernán Cortés y los Jesuitas, han fijado en los indios la mirada fulgurante del heroísmo y del genio.

Cuando los indios felicitaban al Emperador, le dirigían la palabra en un lenguaje parabólico ó con una sencillez sublime y tierna, que más de una vez hizo palidecer de emoción á ese noble monarca de corazón de héroe y cabeza de poeta: en sus conversaciones íntimas, las mujeres indias quién sabe lo que se hablan, que en sus rostros se miran reflejar alternativamente el terror y la compasión, la alegría y la tristeza. Cuando oran, en voz alta se dirigen á la Divinidad y pronto se las ve inundadas en llanto y sollozando, como trasportadas en alas de una fe tan honda como férvida. Están ocultos para nosotros, pero en el corazón de esa raza se esconden ciertamente, tesoros inmensos de una poesía tan distinta de la nuestra, como para todos extraña y misteriosa.

Cuando surja entre nosotros el genio que dé peculiar fisonomía y carácter propio á nuestra poesía lírica, tendrá que fundir su obra monumental, adunando ambos elementos, el hispano y el azteca. Hasta ahora, la poesía azteca solo ha tenido una vida latente: le ha faltado la palabra sábia que la exhiba, y le dé cuerpo con que pueda marchar entre las literaturas vivas. Hasta hoy la poesía lírica en México ha sido exclusivamente española: ha exhalado las quejas y cantado las alegrías, tan solo de la raza conquistadora, no de la vencida, que desde hace tres siglos permanece muda y envuelta en las densas sombras de su misterioso destino.

III.

Durante los tres siglos del vireinato español en México, nuestra poesía fué el reflejo exacto aunque pálido, el eco fiel aunque débil, de la poesía de España en aquellos tiempos. Muy pronto fueron implantadas, y muy pronto florecieron y prosperaron en Nueva-España, las ciencias y las letras traídas desde la Península al Nuevo-Mundo. Muchos sabios hubo durante tan largo período, grandiosas figuras que llenas de majestad se destacan en los límpidos horizontes de aquella época de paz y de justicia, eminencias muchas de ciencias y de virtud; pero grandes y verdaderos poetas solo hubo dos: Don Juan Ruiz de Alarcon y Sor Juana Inés de la Cruz.

Ruiz de Alarcon solo ha pasado á la posteridad con el laurel de poeta cómico, y aunque nacido en México, apénas puede reputársele poeta mexicano, habiéndose educado, florecido y muerto en España, cuyo teatro ilustró con obras, que sin las de Don Pedro Calderon de la Barca, serian las primeras del mundo en su género. Sor Juana Inés de la Cruz, sí es, no sólo el más levantado estro poético que haya producido el Nuevo-Mundo, sino la más bella y sublime personificación que hasta ahora haya habido, de la poesía mexicana.

Jóven y bella, henchida de talento y de virtudes, con los piés sobre ampos de pureza y la cabeza hundida en las nubes; tan blanca por dentro como por fuera; perfumados el corazon y la mente con el aroma de lo santo y de lo bello; desbordando su gentil cabeza de grandes y alzados pensamientos, y su pecho suspirando sin cesar por el cielo, como por su patria el desterrado; cruzando la tierra sin tocarla, y atravesando el mundo sin que el hálito de la pasión le empañara el brillo de sus alas; más que mujer fué Sor Juana una idealidad sublime y deslumbradora; fué más que una simple poetisa, una naturaleza casi angelical. Un sólo genio produjo el vireinato: Juana Inés fué el sólo astro poético que surgió en ese cielo; pero ella basta por sí sola para inundar de luz muchos firmamentos.

Ella, ántes que todos nuestras poetas: despues, ninguno como ella. Juana Inés, es, no sólo la personificación sublime, sino el ángel luminoso y puro de la poesía nacional. A todos sus ingenios les deben los pueblos loor y gratitud: á Juana Inés le debe México, además, veneración y amor. ¡Amor, sí, que es el sólo homenaje digno de la virtud!

IV.

Consumada la independencia de Nueva-España, no sólo variaron nuestras costumbres, sino que el influjo exclusivo que en la nacional ejercia la literatura española, tuvo que compartirlo al principio con el de la francesa y despues con el de otras literaturas extranjeras, especialmente la italiana y la inglesa. Este período de nuestra literatura, que comienza con el inspirado Sanchez de Tagle, el dulce Navarrete y el ingenioso Ochoa, puede decirse que terminó con Carpio, en su género el mejor de nuestros poetas, y tal vez el de toda la América Española.

Rodríguez Galvan tenia espontaneidad é inspiración; era notable el fuego poético de Fernando Calderon; Pesado se distinguia por su corrección y clasicismo, y Arango era un sabio. Roa Bárcena es tan erudito como limpio en su versificación, y el mismo Prieto, aunque con intermitencias y caídas lamentables, no hay duda que tiene arrebatos de fúlgida inspiración y de ardientes entusiasmos. Todos han contribuido al progreso de la literatura patria y dignos son de aplauso por sus nobles esfuerzos. Mas la justicia no agravia ni ofende mérito ajeno. Entre nuestros poetas todos de ese período, descuella Carpio: grave y sabio, sólo dos géneros de poesía lírica cultivó con predilección, el religioso y el histórico. No tiene otras fronteras el talento que las de la lengua que habla: tan leído es Carpio en México como en toda la América Española, en las Antillas como en España. En una sola frase puede condensarse el elogio tan justo como merecido de las poesías de Carpio. Las descriptivas hacen ver y palpar los lugares y escenas que describen: sus poesías religiosas llegan hasta la piedad, el más hondo de los sentimientos humanos; y hasta las lágrimas, última y más sincera expresión de todas las ternuras de la tierra.

Carpio es el príncipe de nuestros poetas líricos, porque es el que mejor resume las ideas, los sentimientos y tradiciones de la sociedad y de la época en que vivió. La generación de nuestros padres, que llenó el medio siglo datado desde la independencia nacional, fué una generación robusta y seria, de pensamientos graves, patriotismo ilustrado y puro, instrucción discreta y sólida, y de cristianas virtudes y piedad sincera. Nosotros no valemos lo que nuestros padres, y al recordar sus ejemplos, no tendríamos, según la terrible expresión de Horacio, mas que

el triste é impío consuelo de que nuestros hijos valdrán mucho ménos que nosotros.

Fué Carpio el digno poeta de sus coetáneos: todos sus pensamientos son elevados y nobles, grandiosas y bellas sus imágenes, rectos y puros sus sentimientos. Su ternura es honda, pero resignada y grave, como conviene á una alma creyente y firme: su llanto es amargo, pero sin femeniles extremos ni convulsiones desesperadas: castas y limpias son sus pasiones y palabras, su fe absoluta é inquebrantable, y su piedad tan sincera como férvida. Al recordar á Carpio, involuntariamente se viene á la memoria, para aplicárselo con más justicia, el soberbio epitafio de Alfieri: "Onorate all' altissimo poeta." Honremos todos á nuestro poeta egregio.

Cuando murió Carpio, la revolucion de la impiedad y de la demagogia habia estallado ya: la musa de la patria enmudeció llorando, y se rompieron las sonoras cuerdas de la lira nacional.

V.

La revolucion llamada de Reforma en México, no sólo detuvo la corriente de la inspiracion literaria, sino que cambió radicalmente el cauce por donde ántes corriera. Esa revolucion no fué en pro de las libertades públicas ni de las instituciones democráticas: su origen y sus aspiraciones verdaderas estaban en contradiccion con la bandera que desplegó y los principios que falaz é hipócritamente invocaba. En todos los tiempos y sociedades, siempre ha habido una parte de ellas podrida por malas pasiones y rehacia á los buenos preceptos. Antes de la revolucion de Ayutla el mayor número y la energía de los buenos, reprimia la malicia de los perversos: esa revolucion tan funesta, fué la explosion de todas las malas pasiones contra el saludable y suave yugo del cristianismo: triunfaron con ella la ambicion y el odio, la ignorancia y la codicia, y subvertido el órden social, gimió toda virtud y todo mal se hizo poder.

En el órden literario, esa revolucion cegó todas las fuentes vivas de inspiracion, sustituyendo á creencias verdaderas y positivas, infecun-

das y desoladoras negaciones. El más triste escepticismo ó el sensualismo más grosero reemplazaron á las santas musas de la fé y de la pureza; y desde entónces, en vez de los cánticos sublimes de la piedad ó del amor, se han escuchado las imprecaciones de la desesperacion, el ditirambo de la carne, y, lo que peor es, los infernales aullidos de la blasfemia. El error y el mal no pueden engendrar más que desolaciones. Corrompidos los manantiales de la inspiracion, la poesia cantó lo que no era digno de pensarse ni ménos de sentirse.

Cierto es que durante los últimos veinticinco años, cual una sínéresis de la conciencia nacional, y perenne protesta de la verdad y del bien aun en los tiempos más extraviados y calamitosos, han cantado en México, poetas como el Illmo. Moñtes de Oca, Córdoba y Rubio Alpuche; pero éstos no han sido intérpretes de las ideas dominantes ni representan á su época. El período literario de la revolucion ha producido á Mateos, Altamirano y Sierra; y tenido su personificacion más genuina en Plaza, Acuña y Flores, que son los que más se distinguieron como poetas líricos y los que con más sinceridad cantaron las ideas y sentimientos engendrados por la revolucion anticatólica, monstruo voraz y horripilante, que ha extraviado tantos talentos, corrompido tantos corazones, y robado á las letras y á la patria tantas glorias.

Fresca está aún la tierra que cubre las fosas de estos tres últimos poetas nacionales, y no es de temerse que al recordar sus obras, profanemos su memoria. La de Acuña la hace inviolable la desgracia de su fin: y las de Plaza y Flores son respetables y santas, por su muerte cristiana y penitente. Plaza murió con un arrepentimiento tan grande como lo fuera el escándalo causado por sus obras. El fin de Plaza fué verdaderamente edificante por el fervor de su arrepentimiento y la intrépida retractacion de sus errores. Su muerte fué de una enseñanza sublime y de una ternura que inundó en llanto y júbilo á todas las almas creyentes. Respeto, pues, y paz á la memoria de los tres últimos líricos de la escuela moderna en México.

A Plaza, el más antiguo de ella, no puede negársele arrebató en la inspiracion y energía en la frase; pero en el fondo carece de originalidad y de verdadero sentimiento. Su desesperacion y desengaño sistemáticos, recuerdan la desilusion perenne de Espronceda y el prematuro cansancio de la vida de Alfredo de Musset. Los estridentes gritos y las blasfemias de su furor, repugnan más bien que aterran, porque no brotan del corazon, sino que han sido trabajosa y friamente arrancados á la imaginacion. Los lamentos de sus miserias no enternecen, porque son exagerados y cínicos. El Tasso, que era un verdadero ge-

nio, sufrió mucho más, y nunca, sin embargo, se quejó tan amargamente de sus cuitas; ni vociferando los secretos dolores de su existencia, maldijo tan impiamente de su destino. Las desgracias también tienen su pudor, y sólo siendo resignadas y silenciosas imponen respeto y merecen compasión. En Plaza, el hombre fué muy superior al poeta: el ejemplo sublime y conmovedor de su muerte, vivirá muchos años en la memoria de sus compatriotas; y ántes de muy pocos, ya sus obras no serán leídas.

Acuña murió muy jóven, y difícil es conjeturar lo que, con el estudio y el tiempo, se hubiera desarrollado su talento poético. De lo que escribió, apenas dos ó tres composiciones flotan en la memoria pública, como los restos de un naufragio. Su oda "Ante un cadáver," es ferozmente impía, y su canto "A una ramera," más que compasión á la desgracia respira reproches procaces é injustos contra la virtud.

La empresa iniciada por Dumas, hijo, de hacer interesante el vicio y amable á la mujer perdida, es insensata y cruelmente agresora á la virtud. Las mujeres que pierden su pudor, con él lo pierden todo: raras veces llegan á perderlo por completo, sin pasar por un largo sendero de bajezas y depravaciones, que les embrutecen la inteligencia y les corrompen el corazón hasta la última podredumbre. La salud y la juventud que derrochan en el vicio, bien pudieran emplearlas en el trabajo y en el bien. La falaz ternura que nos inspiran, no es compasión sincera y sana, sino disfraz de nuestra propia sensualidad, que pretende engañarse á sí misma encubriendo á sus cómplices. Arrojar amores y ternuras á los piés de las mujeres perdidas es el insulto más soez que puede lanzarse al rostro de las mujeres honradas. Margarita Gautier, la Dama de las Camelias, que ha engañado á tantos corazones jóvenes, de no ser una excepción singularísima que casi raya en lo inverosímil, tiene que ser la más absurda de las utopías y el más sofisticado y degradado de los sentimentalismos.

A pesar de los defectos literarios que pueda tener, la mejor composición de Acuña es sin duda, el Nocturno dedicado á Rosario. Y es el mejor fragmento poético de su autor, porque es el más verdadero y el más puro. Se siente que sus estrofas brotaron no de la cabeza del autor sino del corazón del hombre y del amante sincero. Quitando una de sus estancias, que en la exageración llegó hasta la blasfemia inconsciente, los otros versos de esa sentida composición están empapados todos en amor, en lágrimas y ternura. ¿Por qué el que así pudo cantar una vez no cantó así siempre? Una justicia, sin embargo, se le debe á Acuña: cuanto bueno encierran sus versos fué suyo; una gran

parte de lo malo que en ellos se contiene, fué el amargo fruto de la perversidad triunfante en los tiempos tristísimos que alcanzó el más infortunado de nuestros vates.

Flores, como poeta, está por carácter y talento á muy distinto nivel que los otros dos. De las composiciones de Flores ninguna es blasfema ni siquiera impía: en muchas de ellas palpita, por el contrario, un gran fondo de fe y hasta de piedad. La atmósfera pagana creada por la revolución no llegó nunca á torcer las ideas de Flores, sino tan sólo á extraviar en ocasiones sus apasionados sentimientos. Poeta esencialmente erótico, en la expresión de sus ardientes ternuras llegó á veces no solo hasta la voluptuosidad sino hasta la más peligrosa sensualidad. Por momentos creése escuchar en las suyas, las voluptuosidades de Horacio ó los lúbricos suspiros de Tibulo y Propercio.

Es un gran dolor que no sean limpias y castas todas las composiciones de este poeta, porque en expresión poética, es decir, por el colorido, la imágen y el sentimiento, es el primero de todos los nuestros, tanto antiguos como modernos. Su estro era de flamas, y de fuego vivo sus estrofas: imaginación fúlgida, inspiración potente, deslumbrantes imágenes y hondísima ternura, sus versos tienen iris de lágrimas y vibraciones de sollozo. Era además Flores, un poeta enteramente nacional y netamente originales sus versos. No imitaba á Becquer ni á Haine, como algunos, sin razón, lo han sospechado: cuando por azar con ellos coincide, los emula ó los supera. En su forma es superior á ambos y su inspiración es más genuina que la de Becquer, que era un poeta alemán cantando en español, un Uhland nacido en Sevilla. Sería una gran pérdida para las patrias letras, que por impuras tuvieran que ser sepultadas en el polvo del olvido las poesías de Flores. ¡Ojalá y una mano amiga y experta velase al ménos las más candentes y desnudas! ¡Que pasen á la posteridad, aunque sean mutiladas por el pudor, como las estatuas de la antigüedad pagana!

Un cuarto de siglo ántes ó despues, Flores hubiera sido el más grande de nuestros poetas líricos: el ambiente deletéreo de su época le envenenó la inspiración: la corriente era cristalina y pura, pero la enturbiaron los cienos del cauce por donde serpeó. No puede vivir íntegro, pero *non omnis moriar*, tampoco morirá del todo.

Valle ó Córdoba, debieran depurarlo: la pureza embalsama para la inmortalidad.

VI.

Casi treinta años de dolorosa experiencia, desvanecen toda ilusion y quebrantan aun las más péfidas obstinaciones. Las ideas anticatólicas matan la inspiracion poética y detienen ó corrompen la corriente literaria de un pueblo. Sustituir á la fe el escepticismo, las impudicias del placer á las santidades del amor, las disipaciones del vicio á las dulzuras del hogar, y los furores revolucionarios á las nobles exaltaciones del patriotismo, es sofocar, al nacer, todo sentimiento poético y toda idea digna de ser cantada por la lira nacional.

Si nuestra musa, que ha dormitado años tras años á influencia de tan maléfico sopor, ha de tornar á nueva vida, necesita, rompiendo las ligas que la oprimen, volver de lleno á las creencias y sentimientos de otra época en que vivió con más esperanzas y más gloria; olvidando el largo vértigo que la ha enloquecido, atar la rota cadena de sus tradiciones literarias, cuyo último eslabon de oro quedó suelto al morir Carpio, el postrero de nuestros poetas en la cronología literaria de México.

Cual una hija arrancada de la casa paterna por engaños y que despues de haber probado todas las vergüenzas y amarguras de sus extravíos, demacrada y cubierta de harapos, arrepentida y llorando, ansía por volver á los brazos de sus padres, así nuestra poesía lírica, despues de tantos años de errores y decepciones, quiere tornar á su antiguo y santo hogar, donde la fe cristiana le hacía sombra con sus alas, la pureza la cubria con sus blancos velos y la circuian de respetos la inocencia de Sor Juana, y las canas venerables de Sanchez de Tagle y de Carpio.

Esperaba para tornar á él, tan solo una mano amiga que la condujese hasta los brazos de sus padres. Sin saberlo él mismo, ésta es la grande y noble mision de Argumosa, á cuyas obras poéticas sirven de introduccion estas líneas. Los humildes son siempre los predestinados á las grandes empresas.

VII.

A pesar de sus muchos defectos pequeños, las obras de Argumosa tienen todas las grandes cualidades necesarias para ser la digna credencial que nuestra poesía lírica lleve en las manos al tornar arrepentida de sus extravíos, al hogar paterno. La poesía de Argumosa es la antítesis completa de la poesía revolucionaria: es la reaccion incontrastable contra la tiranía del mal en nuestras bellas letras, y el eco fiel de nuestras aspiraciones literarias en la nueva era que ya comienza á esclarecer.

De cuatro géneros, muy diversos entre sí, son la mayor parte de las poesías de Argumosa: religiosas, elegiacas, eróticas y satíricas. Las más notables, sin duda, son las poesías religiosas, tanto moral como literariamente consideradas. En el fondo su fe es inquebrantable como la roca, y en la forma su piedad llega hasta el misticismo, que es la exaltacion sublime de la piedad. Si la miseria y debilidad humanas no fueran tan grandes, la poesía de los hombres sería como la de los ángeles, un inacabable cántico religioso, un perenne salmo místico. De todas las poesías de la tierra, solo las religiosas son verdaderamente inmortales, porque son las únicas que tienen eco en el cielo. Los profetas y los santos, David y Santa Teresa, la inspiracion divina y la virtud humana, son el último grado de poesía que puede alcanzar la pequeñez de los mortales. La venturanza eterna será la poesía inmensa de lo infinito.

Las elegías de Argumosa son profundamente tristes y filosóficas: son el eco doloroso de sus propias desgracias, pero un eco solemne como la resignacion y dulce como la esperanza. Lloro las incontables amarguras de la vida, no con los alaridos estridentes y rabiosos de la desesperacion, sino con las silenciosas lágrimas y tenues quejidos del que encuentra consuelo en el fondo mismo del dolor, al contemplar la recompensa eterna que le aguarda á trueque de las penas de un momento. No son de esas elegías que llenan de imprecaciones al destino, sino de las que imploran como una oracion y gimen como el arrepentimiento; que al arreciar los huracanes de la desdicha humana se guarecen bajo las alas de la Providencia, y se arrojan al seno de un amor infinito. Las elegías de Argumosa son poesías religiosas tambien; pero no en himno como las otras, sino en plegaria y lágrimas, en resignacion y suspiros.

Las más generalmente apreciadas de sus composiciones son las satíricas, por la importancia del asunto, por el fragor del apóstrofe y por la energía de la frase; y las más increpadas de todas, las eróticas, por la vehemencia de los afectos y la vivacidad de las expresiones. Nunca la caricatura será como el cuadro, ni la sátira podrá elevarse á la altura del poema: es más bello perdonar que censurar, y más grande es amar que detestar. Infundado es preferir las satíricas á sus otras composiciones, y demasiada severidad condenar sus composiciones descriptivas y eróticas. Es cierto que tienen mucho fuego sus composiciones amorosas, pero no un fuego que quema como las de Lord Byron, sino que alumbra y fascina.

Pero el sello especial de todas las obras de Argumosa, es que condensan las aspiraciones actuales del espíritu literario en México. No revelan sus obras erudicion, sabiduría, ni estudios previos: algunos de sus versos hasta están mal medidos y mal acentuados; pero tienen todas sus poesías, inspiracion verdadera y hondísimo sentimiento. A veces hasta en girones tiene sus vestiduras, pero siempre es reina por la majestad y el porte, la poesía de Argumosa; sería siempre noble matrona aun cuando se vistiese de harapos: aun en los mayores abatimientos, no perdería su dignidad y grandeza.

El contraste trascendental y saludable, es el destino de las poesías de Argumosa. Nuestra literatura muere de escepticismo, y ellas rebosan de fe: la carne ruge como fiera hambrienta, y ellas están henchidas de pudor y sentimentalismo: aulla la desesperacion, y ellas inclinan resignadas la cabeza; el odio se retuerce enfurecido, y ellas desbordan amor aun en sus indignaciones: en una palabra, son poesías, porque las han inspirado la verdad y el bien.

Estas son las obras: muy superior á ellas es el obrero.

VIII.

Argumosa, ¿quién es? Ni nosotros lo sabemos: como todos los hombres honrados y humildes, carece de una historia interesante. Los hombres sencillos y buenos no tienen ejecutoria en ninguna de las noblezas de la tierra, porque sus tímbrs inmortales serán refrendados en el cielo.

Argumosa no viene del pueblo sino de una familia honorable, y empobrecida por las vicisitudes humanas, desde hace más de dos generaciones. Tendrá ménos de cuarenta años, y sin estar envejecido se le mira fatigado ya por muchas tempestades de pensamiento y de dolor. De una constitucion delicada y enfermiza, su vitalidad parece concentrada en la animacion de su fisonomía expresiva y movable, en el fulgor de sus pupilas y en los abismos luminosos de su mirada, tan honda como triste. Su acento es vibrante y dulce: cuando habla en cadena y fascina, porque no es un sabio sino más bien como un iluminado. Habitualmente silencioso, solo se desborda sin poderse refrenar, hablando de letras y sobre todo de piedad, que son su delicia y su esperanza, las dos únicas cuerdas que vibran con plena sonoridad en la armoniosa lira de su alma.

La resignacion y la humildad forman la base de su carácter moral. Sinceramente se cree no solo el último de los literatos, sino uno de los hombres menos dignos de aprecio. Es profundamente pobre, y las más grandes pesadumbres han probado su hogar; y sin embargo, nunca se le escucha un acento impaciente ni una queja destemplada. Cuantos se le acercan lo aman y lo respetan: es como el poema viviente de la pobreza, la resignacion y la humildad. Es poeta inconscientemente y como arrastrado por la fuerza de su destino: es una nota humana que vibra, como el viento se rasga gimiendo en el ramaje de los árboles; una luz viviente que resplandece, como los celajes se iluminan y tienen fosforescencias las ondas de los mares.

Presentimos que grande va á ser su mision en la bella literatura nacional, y no creemos, sin embargo, que sea de los predestinados á la gloria y renombre literarios. De oscuridad y silencio en la tierra, es el nimbo de los talentos sencillos, humildes y piadosos.

IX.

Para augurar la mision de Argumosa en la literatura nacional, mision más que vaticinada por nuestra soberbia, presentida por el corazon y la amistad, necesario era trazar á grandes rasgos el vasto cuadro de nuestra poesía lírica, desde su origen hasta nuestros dias. Arrastrados por la fuerza de la narracion, hemos mencionado tan solo los nombres de algunos vivos, para quienes aun no llega el momento de que sean juzgados, porque el tiempo no los aleja todavía lo bastante, para colocarlos en los serenos é imparciales horizontes de la historia.

De los muertos hemos hablado con respeto y con ternura; y si al recordar sus obras hemos sido severos ó injustos sin quererlo, solo ha sido para que la piedad debida á los muertos no merme la verdad y la ensefianza que se deben á los vivos. Nuestras apreciaciones tampoco tienen el carácter de un juicio crítico, porque para ello no tenemos competencia ni hemos estudiado lo bastante las obras de esos autores, sino simplemente el de recuerdos é impresiones.

Al trazar estas líneas destinadas á servir de introduccion á los "Versos de D. Domingo Argumosa," solo hemos tenido el doble objeto de rendir un testimonio de afecto y de respeto al autor, y de hacer un voto tan sincero como ferviente, por que nuestra poesía lírica, atando la cadena de oro de sus gloriosas tradiciones, sea digna de sí misma, de la patria y de sus nobles y grandes destinos en el mundo de Colon.

La poesía es la más alta y sublime realizacion de la belleza en la tierra. La belleza, segun la inmortal y magnífica expresion de San Agustín, es "el esplendor del órden," es decir, de la verdad y del bien. ¡O vuelve nuestra poesía á ser verdadera y buena, ó muere para no resucitar jamás!

México, Agosto de 1885.

J. DE J. CUEVAS.

AL SEÑOR

En este siglo de impiedades lleno
Que quiere hacer del oro el dios del mundo
Y se agita en la crápula y el cieno,
Libidinoso, altivo y nauseabundo;

En esta sociedad que ha renegado
De la virtud, de la honra y de la historia,
Que ignorante en su sien ha colocado
Una corona vil, hecha de escoria;

Que haciendo del orgullo su talento,
Deificar quiere su miseria y lodo;
Y apartando del cielo el pensamiento
Desde el alma hasta Dios lo niega todo;

Ante esa sociedad envilecida
Que vive de la duda en la indolencia,
Levanto á Tí mi voz enternecida
Porque creo, Señor, en tu existencia.